

Gabi Dolff-Bonekämper, historiadora del arte y publicista, vive en Berlín.

## Sentimientos confusos, pensamientos borrosos

*Gabi Dolff-Bonekämper*

Un sentimiento puede ser tan preciso como un pensamiento, afirmó una de las participantes en el Congreso de Historiadoras del Arte que se celebró en Zurich en 1984. Es cierto, lo único que se requiere es un esfuerzo considerable y, ocasionalmente, ayuda profesional para expresar unos sentimientos sin duda precisos de forma igualmente precisa mediante palabras. Requiere sobre todo sinceridad con uno mismo, cosa que, a la vista de las sólidas convenciones existentes acerca de lo que conviene sentir y acerca de cómo debemos expresarlo no es sencillo en absoluto. Aunque es verdad que un sentimiento «auténtico» no se convierte en un sentimiento inauténtico o falso por la forma más o menos confusa de describirlo o porque esté oculto tras una serie de estereotipos convencionales, sin embargo hay que admitir que surgen problemas de comunicación que pueden llegar a convertirse en problemas de definición de los términos. Así es como unos sentimientos confusos pueden llegar a transformarse en pensamientos borrosos. Convengamos que estas son premisas bien poco alentadoras para la realización de un concurso artístico. Eso es lo que demuestra bien a las claras el concurso convocado para la construcción de un monumento a los judíos europeos exterminados y también los debates que han venido desarrollándose hasta ahora acerca de su posible resultado.

La crítica ha atacado con razón la confusión en los motivos escogidos así como el tipo de materiales previstos por la mayoría de los proyectos. De hecho todos ellos, traducidos a sus dimensiones reales, daban como resultado auténticas aglomeraciones monumentales; grandes, amplias, pesadas y llamativas, resonantes como un enorme teclado y, a pesar de ello, curiosamente faltas de un diseño específico. Este un reproche que habríamos de plantear también a los artistas, pero sobre todo a los promotores que en las bases del concurso plantearon una acumulación de sentimientos y de valores expresivos no menos resonantes para su traslación al lenguaje artístico: aflicción, vergüenza, culpa, conmoción, respeto, reflexión. La compasión, los sentimientos compartidos y la solidaridad pasaban a un segundo término, por tratarse de términos menos expresivos, pero estaban igualmente incluidos en el repertorio. Había que honrar la memoria de los judíos europeos exterminados, no eludir la verdad, reconocer la carga que nos ha legado la historia alemana y sugerir además un atisbo de lo que podría ser un nuevo capítulo de la convivencia humana en paz, libertad, igualdad y tolerancia.

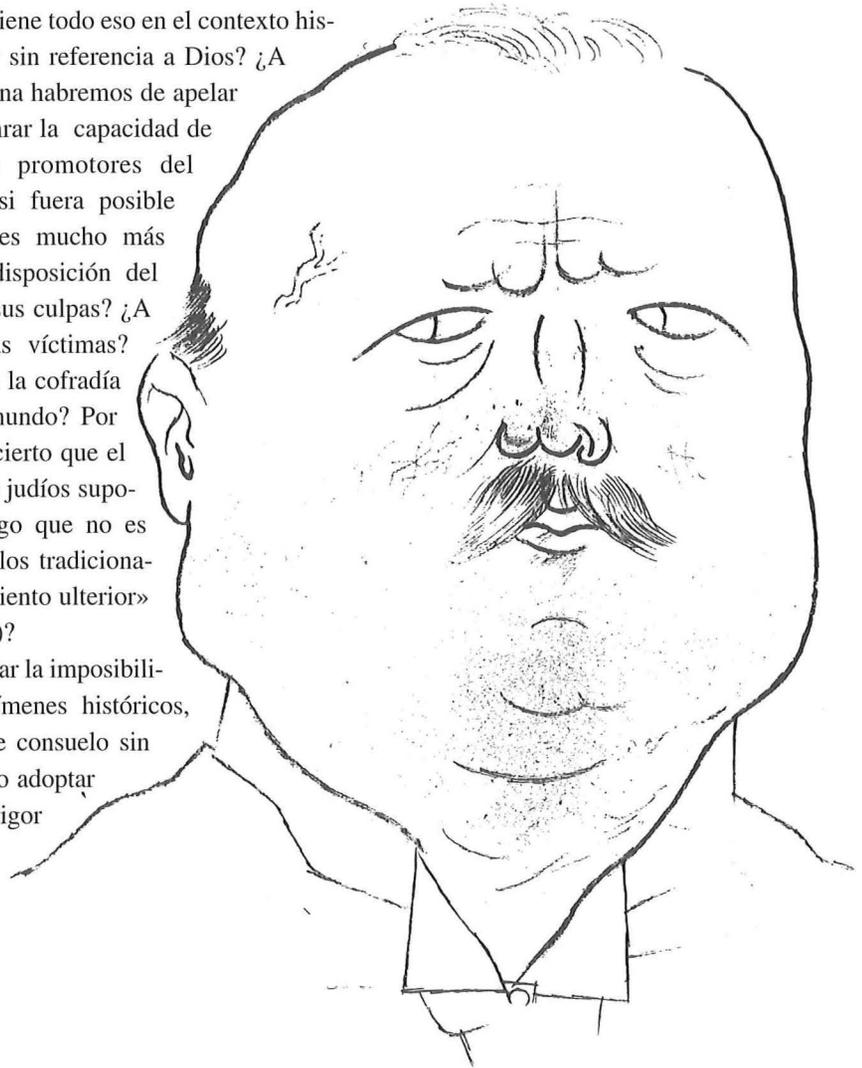
Consideremos, en primer término, la culpa. La distancia temporal existente respecto a los hechos aludidos y la distancia política que separa a los promotores del monumento de los responsables nazis de aquellos hechos que puedan vivir aún, nos impiden pensar en un concepto de culpa basado en la participación directa en los crímenes cometidos. Así pues, de lo que se habla es sólo de sentimiento de culpa, un sentimiento que surge a partir de la aceptación personal y voluntaria de una co-responsabilidad que va más allá de los límites generacionales e históricos. La diferencia es fundamental: quien, junto a los promotores del concurso para la construcción del monumento, quiera reconocerse hoy culpable de la muerte de los judíos exterminados en Europa puede hacerlo con la conciencia tranquila de no tener ninguna responsabilidad personal en los hechos. Asumir la culpa de unos hechos que han cometido otros es una actitud que en nuestros ambientes culturales se considera moralmente elevada, un testimonio de lealtad, de dignidad. Esa misma lógica lleva a

considerar como una actitud llena de mérito la aceptación voluntaria de una carga –por ejemplo, la carga que nos ha legado la historia alemana. La autoacusación y contrición que resonaba por doquier en los textos de los promotores que acompañaban a la convocatoria del concurso podrían ser interpretadas, aunque un poco a contrapelo, como un esfuerzo por reunir en la propia cuenta la mayor cantidad posible de valores positivos ya que «quien se humille, será ensalzado» (Ezequiel 21,31). Pero, ¿quién puede ensalzar a nadie, como no sea Dios?

En general, los textos de la convocatoria y, más intensamente aún, las aclaraciones del grupo de promotores rebosan de planteamientos cristianos cuya traducción a nuestro contexto histórico resulta bastante cuestionable. Por ejemplo, en repetidas ocasiones se dice que el pueblo alemán debería dar señal de su voluntad de expiación. Expiar los pecados cometidos –y de los que nos arrepentimos– es una práctica cristiana-religiosa desarrollada durante más de dos mil años y que todavía se mantiene en el catolicismo como procedimiento válido para descargar una conciencia personal atormentada. La Iglesia administra el acceso a Dios, cuya gracia ha sido prometida a los pecadores arrepentidos, y es ella también quien determina la penitencia correspondiente. La disposición a expiar las propias culpas es, al igual que la disposición a reconocer la propia culpa y aceptar esa carga, algo grato a Dios, sobre todo si tenemos en cuenta que desde la divulgación del Evangelio se afirma que un pecador arrepentido es más grato a Dios que un justo que no haya cometido pecado alguno.

Pero, ¿qué sentido tiene todo eso en el contexto histórico y político actual y sin referencia a Dios? ¿A qué instancia intramundana habremos de apelar que esté autorizada a honrar la capacidad de arrepentimiento de los promotores del monumento o incluso, si fuera posible plantear éste desde bases mucho más amplias, a premiar la disposición del pueblo alemán a expiar sus culpas? ¿A los descendientes de las víctimas? ¿Al Estado de Israel? ¿A la cofradía de los buenos de este mundo? Por otra parte, ¿acaso no es cierto que el genocidio de millones de judíos supone que «ha sucedido algo que no es posible expiar mediante los tradicionales rituales de arrepentimiento ulterior» (Heinz Dieter Kittsteiner)?

Resulta difícil aceptar la imposibilidad de redimir esos crímenes históricos, tener que renunciar a ese consuelo sin caer en la desesperación o adoptar una actitud de máximo rigor frente al pueblo alemán y frente a uno mismo. El reverso de esa acti-



tud revela nuevamente el deseo de hacer justicia con uno mismo y de reivindicarse. Pero, ¿cuál podría ser la alternativa? ¿Puede decirse realmente que con la muerte de los autores directos de aquellos actos se extingue, desaparece de la realidad actual, la responsabilidad por los crímenes de los nazis? ¿O, más bien, lo que sucede es que sigue estando ahí aunque sin referirse a ningún sujeto concreto? Si fuera así, estaríamos ante la paradoja de que precisamente aquellos que no tienen culpa alguna están dispuestos a reconocerla con vehemencia. Tal vez ganaríamos en claridad si los promotores del monumento y todos aquellos que intervienen en el proyecto se contentaran con reconocer su parte de culpa en lugar de apropiarse de ella al autoinculparse.

Peter Conradi recomendó hace menos de un año más modestia a la hora de abordar el proyecto de construcción del monumento. Esa advertencia iba dirigida tanto a las meras dimensiones de la obra de arte proyectada como a la imagen de sí mismos que reflejaban los promotores –pero también a quienes se oponían al monumento. Al leer algunas de las críticas no es posible librarse de la impresión de que el principal enemigo no son los asesinos nazis, sino Lea Rosh y el grupo de promotores impulsado por ella para erigir el monumento. Eso es injusto y estéril. Por otra parte, se ha reprochado a Lea Rosh, no sin razón, que lo que trata de conseguir identificándose con los sufrimientos de las víctimas es alterar su identidad. Pero los sufrimientos de las víctimas son los sufrimientos de las víctimas, tratar de compenetrarse con ellas y de compartir de forma duradera esos sufrimientos es, al menos, problemático. Ningún esfuerzo que haga por acercarme a aquellos judíos, hoy lejanos y extraños para mí, que fueron asesinados en los campos nazis, ningún esfuerzo que haga por conocerlos como individuos y por comprender su destino personal, conseguirá superar la distancia en la que los coloca la muerte. Sin embargo, puedo tratar de calibrar la pérdida que su ausencia y la ausencia de sus hijos y de los hijos de sus hijos significa para mí en el presente. Tal vez eso fuera una forma de manifestar mi aflicción.

Hasta aquí todo lo que deseaba plantear acerca de los sentimientos de los promotores del monumento y de los de sus críticos. Pero, ¿qué pasará con los futuros destinatarios del monumento que se proyecta erigir? Hace poco Lea Rosh aclaraba en un debate público que el monumento debía despertar emociones y también actuar sobre el intelecto. ¿Puede un monumento, sea cual fuere la forma exterior que adopte, suscitar todos los sentimientos mencionados y, además, todos a la vez? Y alguien que visitara el monumento y que se viera invadido por esa clase de emociones, ¿estaría realmente en condiciones de asimilar además algo intelectualmente? A este respecto es importante que analicemos qué clase de sentimientos podría despertar la visita de un monumento o de un lugar conmemorativo de las víctimas del nacionalsocialismo en los alemanes actuales. Al enfrentarse con las dimensiones ya conocidas de los indescriptibles padecimientos que hubieron de soportar los deportados, con el genocidio planificado por las autoridades administrativas y organizado industrialmente, la mayoría de los visitantes sentirá una intensa compasión, se colocará a sí misma o a sus seres queridos en una situación similar y durante el tiempo que dure la visita y probablemente mucho tiempo después sentirá espanto y dolor. Pero dado que forman parte quieran o no del pueblo del que también formaban parte quienes cometieron esos crímenes o que, al menos, no los evitaron, habrán de vérselas también posiblemente con un sentimiento igualmente intenso de co-responsabilidad.

Ese carácter íntimamente contradictorio y desgarrador de los sentimientos descritos –compasión hacia las víctimas y sentimiento de co-responsabilidad frente a esos actos– es

Un lugar  
destinado a  
recordar a las  
víctimas del  
nacionalsocialis-  
mo debe  
conmover, no  
avasallar.

inextinguible, surge siempre de nuevo y ha de ser soportado. Menos mal, podría decirse, que no se trata de una de esas largas giras a través de la práctica religiosa comunes desde que el hombre tiene memoria y que se vinculan a fenómenos de salvación o una expectativa de redención personal. Desde la muerte de Jesús en la cruz, los cristianos han asumido en sus devociones los padecimientos del Redentor de forma personal e incluso las han revivido en sí mismos. Es indudable que ello implica la conciencia de que, en cuanto pecador, uno es también responsable de la muerte del Hijo de Dios. Cuanto más intensas son las devociones, más grande es el sentimiento de estar cerca de Dios y de caminar, ya limpio de culpa tras compartir sus dolores, hacia la propia redención.

El gran Paul Gerhardt reflejó con indecible intensidad y gran fuerza lírica una versión evangélica de esa clase de devoción. En su canción, escrita hacia 1653, «*O Haupt voll Blut und Wunden*» (Oh, cabeza, llena de sangre y heridas), que no por casualidad se convirtió en una pieza poética inolvidable de la festividad del Viernes Santo de la Iglesia Evangélica, el poeta hace que el cantor recite todos los papeles de la Pasión uno tras otro: el del observador que informa, el del pecador culpable de los sufrimientos de Jesús, el de quien le ayuda y ofrece consuelo y el del amigo que se compadece y desearía poder morir en la Cruz como Jesús. Al ir asumiendo sucesivamente unas posiciones que en realidad son excluyentes se acentúa la intensidad de esa nueva Pasión. Y también esta meditación poéticamente traducida sobre los padecimientos de Cristo tiene como objetivo acercar el cantor a Dios. Dolor y redención están íntimamente ligados en la doctrina cristiana.

Ciertamente, en los discursos públicos no está de moda utilizar referencias explícitas a las figuras y a los textos bíblicos, pero los motivos cristianos siguen estando presentes, tanto antes como ahora, y siguen definiendo valores y códigos de conducta. Si alguien deja de lado este hecho acabará por hallarse en algún momento entre los «supuestamente secularizados que continúan esperando la redención, aunque sin saber de dónde ni para qué» (Koselleck). En cualquier caso, para enfrentarse con un hecho como el asesinato en masa de los judíos de Europa no sirven estas categorías. ¿Purificación por revivir los sufrimientos, catarsis a través del dolor (prestado)? ¡Imposible! La visita a un monumento no es un acto de devoción, no existe ningún poder aquí o en el más allá que vaya a recompensar de alguna manera a quienes acudan. Habremos de soportar de forma siempre renovada esta realidad. Por ello es un tanto irresponsable planear para los posibles visitantes del posible monumento berlinés una cura emotiva de las dimensiones que sugiere la convocatoria. Un lugar destinado a recordar a las víctimas del nacionalsocialismo debería ofrecer a unos visitantes siempre nuevos y siempre diferentes la posibilidad de aproximarse al tema y elaborarlo por sí mismos, en un acercamiento personal o colectivo. Debe conmover, no avasallar; debe vibrar, no retumbar.

Con todo, el principal problema del proyecto de monumento berlinés no es, de hecho, el elevado grado de inadecuación de los proyectos artísticos presentados ni la inconveniencia del lugar escogido. Lo más deficiente de todo ello son las condiciones expuestas en la convocatoria, los textos son imprecisos, plagados de conceptos confusos o inadecuados y de sentimientos igualmente imprecisos. Mientras no se proceda a clarificarlos resultará superfluo que discutamos acerca de su posible forma artística o de los procedimientos artísticos adecuados.